

insuficiencia, pero nos esforzaremos en elevar el estilo de nuestras narraciones hasta la sencillez; esa obra maestra, esa lengua universal que renueva entre el rico y el pobre, entre el sabio y el ignorante, entre el hombre reflexivo y el joven frívolo, el milagro simbólico de los primeros mensajeros del Evangelio, que no hablaban sino un solo idioma para ser comprendidos por los discípulos de todas las naciones. *Tomad y leed*, diremos nosotros, como el hijo del relojero, á las familias de las clases menos instruidas. He ahí la historia sacada de los empolvados estantes de las bibliotecas, despojada de su púrpura y de su pompa, y hablando la lengua familiar en claras y sóbrias narraciones, con vuestras mugeres y vuestros hijos.

¿Mas qué necesidad tienen ciertas clases, podrá decirsenos, de saber la historia elemental, de conocer los cambios de la fortuna, las catástrofes de los imperios y el curso de las cosas humanas, para labrar sus maderas, conducir sus barquillas, podar sus vides ó hilar sus cáñamos?

Sin duda que el pueblo no necesita conocer la historia para ejercer cualquiera de estos oficios, ni tampoco para atender á su subsistencia, pero sí para pensar; y el pensamiento siendo el hombre mismo, si se quiere que el pueblo se componga de hombres y no de máquinas humanas, preciso es darle los elementos de la reflexion. La historia es quizá el mas sano y mas moralizador de estos elementos, porque desarrolla en el pueblo una de las cosas que mas le faltan: la conciencia. Presenta visible á la Providencia en el premio y en la espacion infalible del bien y del mal; si está comentada por un espíritu recto y religioso, un curso de historia es una leccion de justicia y un verdadero curso de conciencia para las naciones.

Pero esto no es solo una leccion de justicia y un curso de conciencia popular, es un curso de entusiasmo por lo bello. Este entusiasmo por la sana moral es uno de los instintos mas adherentes de la virtud que Dios ha concedido al hombre. Es la aspiracion involuntaria y apasionada del alma hácia el colmo de la perfeccion en todas las cosas; es el *sursum corda* del género humano que hace elevar los corazones de admiracion en admiracion hasta Dios, origen y fin de toda belleza. Esta facultad, como todas las demas, no se fortifica en los individuos y en las masas sino ejerciéndola. ¿Qué ejercicio mas sublime de este entusiasmo que la historia! Se ha dicho con razon que el

centro en que vivimos, física y moralmente hablando, modifica al cabo de cierto tiempo nuestro temperamento y nuestra alma; por lo tanto, si dejais vivir á un pueblo en sociedad habitual y esclusiva con una filosofia trivial y con poco nobles instintos, ¿qué podreis esperar de vuestras generaciones? Se sucederán como generaciones viciosas con la estupidez en la frente, la incredulidad en el corazon, el sarcasmo en los labios y la imaginacion impregnada de leyendas infames; teniendo por justicia el resultado de las cosas, ignorando el uso prudente de la libertad que el Eterno les concediera, y avergonzándose de sí mismos, de su nacion y de su siglo.

Pero si las educais por medio de la historia bien elegida y bien aplicada, en la contemplacion de las grandes obras de la Providencia, en los conocimientos de los importantes destinos del hombre en la sociedad sobre la tierra, en la comprension de las leyes religiosas ó civiles que gobiernan el mundo perfeccionándole, y si las poneis en relacion habitual por medio de vuestros escritos con esos grandes hombres, con esos hombres virtuosos, esos genios superiores, esos héroes, esos mártires, esos sabios, esos filósofos, esos poetas, esos artistas, que en su vida ó en sus obras han derramado su sangre, su sudor, su alma, su amor, su patriotismo, sus inspiraciones y sus palabras en ese foco comun de grandeza, de desinterés, de abnegacion para con sus semejantes, de genio, de compasion, de generosidad, que constituye la gloria y título de la especie humana; si imprimis de este modo á vuestro pueblo la santa religion del entusiasmo, por el nombre, el pensamiento, las acciones, los esfuerzos, los infortunios, y hasta por la muerte de estos tipos de la humanidad, no dudeis que habreis inculcado á un mismo tiempo en vuestros hijos la emulacion de reunir lo que ellos admiran, y que este entusiasmo que no parece á primera vista mas que la llama de la imaginacion, descenderá hasta el alma, constituyendo en ella muy en breve un manantial de moralidad nacional. El hombre es imitador, porque es susceptible de perfeccion; lo que le faltan son lecciones, lo que necesita son modelos que copiar. Tomad estos en la historia y mantenerlos siempre á la vista de vuestros hijos: ellos llegarán á formar pueblo, y este pueblo os honrará sobrepujándose: transmitirá vuestro nombre á la posteridad, y vuestro tributo de civilizacion al Supremo Civilizador!

BIOGRAFIA DE HOMERO.

I.

Una de las facultades mas naturales y mas universales del hombre, es la de reproducir en sí por la imaginacion y el penaamiento, y fuera de sí por el arte y la palabra, el universo material y el universo moral en cuyo seno ha sido colocado por la Providencia. El hombre es el espejo reflexivo de la naturaleza. Todo se renueva, todo se anima, todo renace en él por medio de la poesia. Es una segunda creacion que Dios ha permitido inventar al hombre reflejando la primera en su pensamiento y en su palabra; un verbo inferior, pero verdadero, que crece solo con los elementos, con las imágenes y con los recuerdos, cosa que la naturaleza ha creado antes que él: juego infantil, pero divino, de nuestra alma con las impresiones que este recibe de la naturaleza: juego por el cual formamos á cada instante esa figura pasagera del mundo exterior y del mundo interior, que se pinta, que se borra y se renueva sin cesar ante nosotros. He aqui porque la palabra *poesia* quiere decir *creacion*.

La memoria es el primer elemento de esta creacion, porque ella nos recuerda las cosas pasadas que han desaparecido de nuestra alma; asi las *Musas*, esos símbolos de la inspiracion, fueron llamadas en la antigüedad las *hijas de la memoria*.

El segundo es la imaginacion que da colorido á las cosas y las vivifica.

El sentimiento es el tercero, porque á la simple vista ó por el recuerdo de estas cosas acaecidas ó bosquejadas de nuevo en nuestra alma, aquella sensibilidad hace volver á sentir al hombre impresiones físicas y morales casi tan internas y tan penetrantes, como serian las impresiones de esas mismas cosas si se hallasen presentes en realidad ante nuestros ojos.

El criterio es el cuarto, porque es el solo que nos enseña el órden, la proporcion, la relacion, la justa armonia con que debemos combinar y coordinar entre sí esos recuerdos, esas fantasmas, esos dramas, esos sentimientos imaginarios ó históricos, para conformarlos del mejor modo posible con la realidad, con la naturaleza, con la verosimilitud, á fin de que produzcan sobre nosotros mismos y sobre los demas una impresion tan completa como si el arte fuera verdad.

El quinto elemento necesario de esta creacion, ó de esta *poesia*, es el don de espresar por la palabra lo que vemos y sentimos en nosotros mismos, de reproducir en lo exterior lo que nos pasa interiormente, de pintar con palabras el color, la impresion, el movimiento, la palpitacion, el gozo ó el dolor que experimentan las fibras de nuestro propio corazon á la vista de los objetos que nos imaginamos. Para esto son necesarias dos cosas: la primera, que los idiomas tengan ya la riqueza suficiente, y mucha fuerza de espresion, para que el vate no carezca de colores en su paleta; la segunda, que el poeta mismo sea un instrumento humano de sensaciones, muy impresionable, muy sensible y muy completo; que no falte ninguna fibra humana á su mente ó á su corazon; que sea una verdadera lira cuyas cuerdas vibren unisonas; una escala tan estensa como la naturaleza á fin de que en ella encuentren lo grave ó lo frívolo, el dolor ó la alegría, lo sentimental ó lo indiferente, la nota que le corresponda. Se necesita mas aun; es preciso que las notas de esta escala humana vibren en él muy sonoras para que puedan comunicar su vibracion á los demas; es necesario que esa vibracion interior haga asomar á sus labios espresiones fuertes, pintorescas, que se graben en la imaginacion por la energia misma de su acento. La fuerza sola de la impresion es la que crea en nosotros la palabra, porque la palabra no es otra cosa sino el rechazo del pensamiento. Si el pensamiento hiera con mucha fuerza, la palabra es fuerte; si hiera con suavidad es suave; si hiera débilmente es débil. Segun es la pulsacion asi es la palabra; ¡he ahí la naturaleza!

Por último, el sexto elemento necesario á esta creacion interior y exterior que se llama *poesia*, es el sentimiento musical, es el oído de los grandes poetas, porque la poesia canta en vez de hablar, y todo canto necesita de música para leerle y para que resuene mejor y mas voluptuoso en nuestros sentidos y en nuestra alma. Ahora si me preguntais, por qué el canto es una condicion del lenguaje poético, os responderé: porque la palabra cantada es mas bella que la palabra simplemente narrada. Pero si quereis profundizar aun mas y me preguntais, por qué la palabra cantada es mas bella que la palabra narrada, os responderé que lo ignoro, y que debereis preguntarlo á el que ha formado los sentidos y el oído del hombre mas voluptuosamente impresionado.

para la cadencia, para la simetría, para la medida y para la melodía de los sonidos y de las palabras, que para los sonidos y las palabras inarmónicas que se oyen accidentalmente; os contestaré que el ritmo y la armonía son dos leyes misteriosas de la naturaleza que constituyen la soberana belleza ó el orden de la palabra. Hasta las esferas mismas se mueven al compás de un ritmo divino, los astros cantan, y Dios no es solo el grande arquitecto, el gran matemático, el gran poeta de los mundos, sino que es también el gran músico. La creación es un canto cuya cadencia ha medido y cuya melodía escucha á todas horas.

Pero el gran poeta, según lo que acabo de decir, no debe estar dotado solamente de una memoria vasta, de una imaginación rica, una sensibilidad exquisita, de un juicio recto, de una expresión fuerte, de un sentido musical tan armónico como cadencioso; es preciso que sea un filósofo consumado, porque la sabiduría es el alma y la base de sus cantos; es necesario que sea legislador, porque debe comprender las leyes que rigen las relaciones de los hombres entre sí, leyes que son á las sociedades humanas y á las naciones lo que el cimiento á los edificios; debe ser guerrero, porque canta á menudo las batallas, las tomas de ciudades, las invasiones ó defensas de territorios por los ejércitos; debe tener el corazón de un héroe, porque celebra las grandes hazañas y las grandes acciones del heroísmo; debe ser historiador, porque sus cantos á veces son narraciones; debe ser elocuente, porque hace discutir y arengar á sus personajes; debe ser viajero, porque describe la tierra, el mar, las montañas, las producciones, los monumentos, las costumbres de los diferentes pueblos; debe conocer la naturaleza animada é inanimada, la geografía, la astronomía, la navegación, la agricultura, las artes, los oficios hasta los más vulgares de su época, porque en sus cantos recorre el cielo, la tierra, el Océano, y saca sus comparaciones, sus cuadros, sus imágenes, de la marcha de los astros, de la maniobra de los buques, de las formas y de las costumbres de los animales, así dóciles como feroces; marinero con los marineros, pastor con los pastores, labrador con los labradores, herrero con los herreros, tejedor con los que hilan los vellones de los rebaños ó que tejen las telas, hasta mendigo con los mendigos en las puertas de las cabañas ó de los palacios. Debe tener un alma sencilla como la de los niños, tierna, compasiva y llena de piedad como la de las mujeres, decidida é impasible como la de los jueces y de los ancianos, porque recita los juegos, las inocencias y los candores de la infancia, los amores de la juventud, los diferentes afectos del corazón, el enternecimiento compasivo hacia las miserias del destino: escribe con lágrimas; su obra maestra es el hacerlas derramar. Debe inspirar á los hombres la piedad, esa simpatía la más bella de todas las simpatías humanas,

porque es la más desinteresada. Debe ser, en fin, un hombre piadoso y empapado en el culto de la Providencia, porque así habla del cielo como de la tierra. Su misión es la de hacer aspirar á los hombres al mundo invisible y superior; poner el nombre supremo hasta en las bocas inanimadas, y presentar todas las emociones que suscitan en el ánimo ó en el corazón de un cierto presentimiento inmortal é infinito, que es la atmósfera y como el elemento invisible de la Divinidad.

Tal debería ser el poeta perfecto; hombre múltiple, resumen vivo de todos los dones, de todas las inteligencias, de todos los instintos, de todas las ternuras, de todas las virtudes, de todos los heroísmos del alma; criatura tan completa cuanto puede serlo el barro humano en toda la perfección de que es susceptible.

Luego que este hombre aparece en la tierra, fuera de su lugar, por su superioridad misma, entre lo general de los demás hombres, la incredulidad y la envidia le siguen á todas partes como la sombra al cuerpo. La fortuna, celosa de la naturalza, huye de él; el vulgo, incapaz de comprenderle, le desprecia como un huésped importuno de la vida común; las mujeres, los niños y los jóvenes le escuchan cantar en secreto, ocultándose de los viejos, porque aquellos cantos corresponden á las fibras aún vírgenes y sensibles de sus corazones. Los hombres de edad madura significan su desaprobación con un movimiento de cabeza, porque no les gusta que arrebaten de ese modo sus hijos y sus mujeres á las frías realidades de la vida; llaman sueños á las ideas y á los sentimientos que aquellos genios inspirados infunden en la mente y en el corazón de sus generaciones; los viejos temen por sus levess y sus costumbres, los grandes y los poderosos por su dominación, los cortesanos por sus favores, los ambiciosos por su parte de gloria. Los desdenes afectados ó positivos ahogan la fama de esos hombres divinos, la miseria y la indigencia les lleva de ciudad en ciudad, el destino les aísla, la persecución les presenta como sus víctimas; un niño ó un perro les guía, cuando enfermos ó ciegos mendigan de puerta en puerta, ó cuando yacen en un calabozo; entonces se llama locura á su genio, para escusarse hasta de compadecerlos.

¡Y no solamente el vulgo es quien trata así á esos hombres de memoria, no, son los filósofos como Platón, que dictan leyes y hacen votos de proscripción contra los poetas! Platón tenía razón en su anatema contra la poesía, porque si el ciego de Chio hubiera entrado en Atenas, el pueblo quizá hubiese destruido al filósofo. ¡Hay más política práctica en un canto de Homero que en todas las utopías de Platón!

II.

Homero es ese ideal, ese hombre sobrehumano, desconocido y perseguido de su tiempo,

inmortal después de su desaparición sobre la tierra. He aquí la historia de su vida.

Algunos sabios han supuesto ó suponen que Homero no ha existido, y que sus poemas son *rapsodias* ó fragmentos de poesía, hilbanados y reunidos por ciertos *rapsodistas*; cantores ambulantes que recorrian la Grecia y el Asia improvisando cantos populares. Esta opinión es el ateísmo del genio, y se refuta por su misma absurdidad. ¿Cien Homeros no serian aun más maravillosos que uno solo? La unidad y perfección semejante de las obras no atestiguan la unidad de pensamiento y la perfección de la mano del autor? ¿Si la Minerva de Fidias hubiera sido hecha pedazos por los bárbaros, y me hubiesen presentado uno á uno los miembros mutilados y exhumados, adaptándose perfectamente los unos á los otros, y ofreciendo todos la huella del mismo cincel, desde la cabeza á los pies, diría yo al contemplar todos aquellos fragmentos de incomparable belleza: ¿esta estatua no es obra de un solo Fidias, sino de mil artistas desconocidos que se han juntado por casualidad para hacer sucesivamente esta maravilla de dibujo y de ejecución? No; reconocería en la evidencia de la unidad de concepción, la unidad artística, y clamaría: ¡es Fidias! como el mundo entero esclama: ¡es Homero! Dejemos, pues, á un lado estas incredulidades, vestigios de la antigua envidia que ha perseguido á este grande hombre hasta en la posteridad, y digamos cómo vivió.

Homero vino al mundo 907 años (1) antes del nacimiento de Cristo. Desciende de raza griega, ora hubiese visto la luz en Chio, isla del Archipiélago griego que pertenece al Asia Menor, ora naciese en Smirna, ciudad asiática, pero colonizada por griegos.

Salían entonces los griegos del período primitivo de su formación, período pastoral, guerrero, agrícola y naval, para entrar en el período intelectual y moral; semejantes en esto á las nieves de su Tesalia y de su monte Olímpico, que arrastran sus aguas turbias é impetuosas antes de sosegar y clarificarse en sus valles. Este pueblo, destinado á ocupar en un tan pequeño espacio un puesto tan grande en el mundo de la historia, del pensamiento y de las artes, era una reunión de cinco ó seis razas, unas europeas, otras africanas, otras asiáticas, á quienes la contigüidad de Europa, Asia y Africa, había mezclado en aquella encrucijada del mundo antiguo, frontera indecisa de tres continentes. Su núcleo primitivo se hallaba en las rocas del Epiro y de la Macedonia; pero la rudeza del montañés, el genio aventurero del marino, la dulzura del asiático, la religión del egipcio, el pensamiento del indio y la movilidad del persa, estaba todo tan enclavado en su aspecto físico y en su carácter múltiple, que este pueblo por su belleza, su heroísmo, su

gracia, su genio emprendedor y flexible á la vez, era como un resumen de todos los pueblos. Los bosques de Europa le habían dado sus costumbres heroicas y salvajes, el Egipto sus sacerdotes y sus divinidades, los fenicios su alfabeto, los persas y los lidios sus artes y su poesía, los cretenses su Olimpo y sus leyes, los tracios sus armas, los helenos su marina y su confederación en tribus independientes, los hindos sus misterios y sus alegorías religiosas; de manera que su cielo era una colonia de dioses, así como sus continentes y sus islas eran una colonia de hombres de general origen.

El mar del Archipiélago griego es el lago Lemán del Oriente. Teniendo por contorno esos golfos, esos cayos, esos estrechos que se presentan entre los cabos de esas tierras lengüetadas, baña las costas más desiguales pero más graciosas á la vez, y parece haber sido abierta para aminorar el choque entre los dos continentes en cuyas dos orillas se asentó Bizancio indecisa. Los buques, tan multiplicados como las aves marítimas, navegan sin cesar de una isla á otra, del Africa al Asia y del Asia á Europa, como enjambres de una misma familia que va á visitarse en la primavera á sus diversas rocas.

El clima de aquel país montañoso y marítimo es tan vario como sus terrenos, y tan templado como su latitud. Desde las eternas nieves de la Tesalia hasta el perpétuo verano de los valles de la Lidia y hasta la fresca ventilación de las islas, allí se confunden todos los cambios de temperatura sobre las montañas, en los llanos y en las aguas. Aquel cielo es límpido como en Egipto, la tierra fecunda como en Siria, el mar tan pronto tranquilo y tan pronto tempestuoso como en los trópicos. Los parages y las escenas de la naturaleza son allí en poca distancia y en un terreno que les aproxima, grandes, reducidos, sublimes, alpestrés, marítimos, recogidos ó ilimitados como la imaginación de los hombres. Todo se pinta allí con rasgos imponentes, pintorescos y que fascinan la vista. Tan pronto en himno como en poema, en elogio, en canto, en estrofa voluptuosa, aquella tierra es la tierra que pinta, que habla y que canta cual nadie á todos los sentidos. Los susurrantes escollos del Peloponeso, los terribles cabos del Taurus, los inmensos golfos de la Eubea, los anchos canales del Bósforo, las melancólicas radas del Asia, las verdes ó azutadas islas, desgranadas sobre las ondas como las paletas flotantes de un ancla que uniese ambas orillas; la isla de Creta con sus cien ciudades; Rhodos, que ha tomado su nombre de la rosa, ó por el contrario se le ha dado á esta; Seyros, reina de las Cyclades, Naxos, Hydra, centinela avanzada de la Grecia Continental; la isla de Chipre, suficientemente vasta para dos reinos; Chalcis, al que reúne á Europa su puente sobre el Euripo; Tenedos, llave de los Dardanelos; Lemnos, Mytilena ó Lesbos, que en pequeña escala parece imitar

(1) Según la cronología de los mármotes de Paros.

los montes, los valles, las gargantas y los golfos del continente de Asia que mira en frente de sí; Chio, que presenta, á modo de un doble terrado de flores sobre sus dos flancos opuestos, sus olivos á la Europa y sus naranjos al Asia; Samos, que profundiza sus puertos y que eleva sus cimas á la altura del monte Mycale, con el cual entrelaza sus pies; innumerables grupos aun de otras islas, cada una de las cuales tenia su pueblo, sus costumbres, sus artes, sus templos, sus dioses, sus fábulas, su historia, su renombre en la familia griega, pero de la cual todos hablaban ya la misma lengua y cantaban los mismos versos: tal era la Grecia en tiempo de esta encarnacion de la poesia en la persona de Homero. Esperaba un historiador, un cantor nacional, al poeta de sus dioses, de sus héroes, de sus hazañas, para constituir su ciudad de imaginacion y de celebridad en el presente y el porvenir.

En su himno á *Apolo de Delos*, dios de la inspiracion griega, Homero mismo describe por medio de algunos versos estos grupos de islas y de continentes que contienen toda la poesia de la naturaleza.

«Amas, dice al dios, las cimas de las altas montañas, los lugares etéreos desde donde la mirada abarca las mayores distancias; los rios que corren hácia la mar, los promontorios inclinados hácia las hondas y los anchos puertos... Si, desde que tu madre Latona apoyándose sobre el monte Cinto, te alimentó á compás del murmullo de las olas azuladas que el impulso sonoro de los vientos lanzaba hácia las dos riberas, venias sobre estos lugares y sobre sus habitantes.

«Sobre los de Creta y sobre los de Atenas.

«Sobre aquellos que pueblan la isla de Egiptia y la Eubea, célebre por sus vegetales; Egea, Iresia y la marítima Papaneta, Atos, Samos de Tracia y las cimas del Pelion; las montañas de la Ida; Imbros, con sus edificios esparcidos por su costa; la inaccesible Lemnos; Chio, la mas bella de las islas del Archipiélago; el escarpado Minas y los picos del Coriceo; Elaros y Esagea, cuya mirada busca la cima en el cielo; Samos llena de manantiales, y el monte Mycale con sus grandes colinas; Mileto y Cos, la residencia de los Meropes; Gnido, donde vienen las naranjas; Naxos y Paros, donde blanquece el mar al tropezar con los escollos. Aquella Delos, continúa, donde Latona, con los dolores de parto, rodea la palmera con sus brazos y estrecha entre sus rodillas la blanca yerba; la tierra que la sostiene se sonríe al mismo tiempo... Al instante Delos se cubre de oro como la cima de un monte coronado de bosques. En aquella isla se reúnen los jonios (pueblo de Smirna), de flotantes trages, con sus hijos adorados y sus castas esposas. Al verles reunidos en frente del templo podria tenerse por seres inmortales exentos de vejez. El alma se esparce al contemplar la belleza de los hombres, la magestuosa estatura de las

mujeres, sus rápidas embarcaciones, sus maravillosas riquezas...»

Volviendo despues en sí el poeta al fin de esta enumeracion, y dirigiéndose á las hijas de Delos, les dice en la última estrofa: «Si alguna vez de entre los mortales llega aqui un viagero desdichado y os dice: Jóvenes, de los cantores que visitan vuestra isla, ¿quién es el mas inspirado y el que escuchais con mas gusto? responded todas entonces acordándoos de mí: el hombre ciego que habita en la montañosa Chio; sus cantos le sobrepondrán claramente en lo venidero sobre todos los demas cantos!»

He ahí, en algunos versos del mismo Homero, el lugar, el tiempo, los pueblos, las costumbres de la Grecia en la época de su advenimiento.

Tomamos sencillamente el relato de su vida de las tradiciones antiguas y locales que se han transmitido de boca en boca entre los hombres mas interesados en recordarle, porque constituia su gloria. Por muy maravillosas que parezcan las tradiciones, son la erudicion de los pueblos; nosotros creemos mas en ellas que en los sabios que al cabo de siglos tratan de despertarlas ó desmentirlas. A falta de libros escritos, la memoria de las naciones es el libro inédito de su raza: lo que el padre ha referido al hijo y éste á los suyos, de edades en edades, jamás carece de fundamento en la realidad. Remontando de generacion en generacion hasta el origen de esas tradiciones de familia ó de raza, que en su trascurso se aumentan con algunas fábulas, viene á ser como un hombre que se remonta por la corriente de un rio desconocido: al fin llega á su origen, que aun cuando sea insignificante, siempre es la fuente de una verdad.

Veamos, pues, lo que han dicho los griegos contemporáneos, posteridad de Homero, sobre el genio mas antiguo y mas nacional de su raza.

III.

En la ciudad de Magnesia, colonia griega del Asia Menor, separada de Smirna por una cordillera de montañas, habia un hombre oriundo de Thesalia, llamado Melanopas. Era pobre, como lo son generalmente esos hombres errantes, que se destierran de su país, donde no les liga ni casa ni campos paternos. Trasládose, pues, desde Magnesia á otra ciudad nueva y poco distante de esta, á donde aquel valle, ya harto poblado, lanzaba sus masas de moradores. Esta ciudad se llamaba Cymé. Melanopas se casó allí con una jóven griega tan pobre como él, hija de uno de sus compatriotas, llamado Omyrthés. Tuvo una hija única, á quien puso el nombre de Critheis;

no tardó en perder á su esposa, y sintiéndose él mismo á las puertas de la muerte, encargó su hija, niña aun, á uno de sus amigos de Argos, que se llamaba Cleanax.

La belleza de Critheis fué una desgracia para la huérfana, y una dicha para la Grecia y el mundo. Parece que el mas maravilloso de los hombres fué predestinado á no conocer á su padre, como si la Providencia hubiese querido arrojar un misterio sobre su nacimiento, á fin de aumentar el prestigio en derredor de su cuna.

Critheis inspiró amor á un desconocido y se dejó sorprender ó seducir: puesta de manifiesto su falta á los ojos de la familia de Cleanax, esta temió quedar deshonrada con la presencia en su hogar de un hijo ilegítimo. Ocultóse, pues, la debilidad de Critheis, enviándola ademas á otra colonia griega que se poblaba por aquel tiempo en el fondo del golfo de Hermus, que se llamaba Smirna.

Critheis, llevando en su seno al que cubria su frente de vergüenza, y que mas tarde cubriría su nombre de celebridad, recibió asilo en Smirna en casa de un pariente de Cleanax, natural de Beocia, y trasplantado á la nueva colonia griega, el cual se llamaba Ismenias. Ignórase si este hombre conocia ó no el estado de Critheis, que pasaba sin duda por viuda ó por casada en Cymé.

De cualquier modo que fuese, acompañando un día la huérfana á las mugeres y las niñas de Smirna á la orilla del arroyuelo *Melés*, en donde se celebraba á campo raso una fiesta en honor de los dioses, se vió sorprendida por los dolores de parto. Su hijo vino al mundo en medio de una procesion á la gloria de las divinidades, cuyo culto debia él estender, entre el canto de los himnos, bajo un plátano, sobre la yerba y á orillas del arroyo.

Las personas que acompañaban á Critheis, la condujeron llevando en sus brazos al niño desnudo, á la casa de Ismenias en Smirna. Desde aquel dia el ignorado arroyo que serpentea entre los cipreses y los juncos alrededor del arrabal de Smirna, tomó un nombre que le igualó á los rios. La gloria de un hijo se remontó para ilustrarle, hasta el tallo de yerba donde se acostó al caer del seno de su madre. Refieren las tradiciones y escribieron los antiguos, que Orfeo, el primer poeta griego que cantó en verso himnos á los dioses inmortales, fué hecho pedazos por las mugeres del monte Rhodopo, irritadas de que presentaba dioses mas grandes que los suyos; que su cabeza, separada del cuerpo, la arrojaron aquellas al Hebro, rio cuya embocadura está á mas de cien leguas de Smirna; que el rio arastró aquella cabeza todavia armoniosa hasta el mar; que las olas, á su vez, la llevaron hasta la embocadura del *Melés*; que se detuvo sobre la yerba, cerca de la pradera en donde Critheis echó al mundo á su hijo, como para transmitir por sí misma su alma y su inspira-

cion á Homero. Cerca de su tumba, añade, los ruseñores cantan mas melodiosamente que en las demas partes (4).

Ora que Ismenias fuese demasiado pobre para mantener á la madre y el hijo, ora que el nacimiento de aquel hijo natural hubiese oscurecido algun tanto la reputacion de Critheis, lo cierto es que la despidió de su hogar. Entonces anduvo buscando de puerta en puerta un asilo y un protector para ella y para su hijo.

Habia por aquel tiempo en Smirna un hombre no muy rico, pero de buen corazon, como lo son generalmente los hombres desprendidos de las cosas perecederas por el estudio de las cosas eternas: este hombre que se llamaba Femio, tenia escuela de canto. Llamábase entonces canto todo lo que habla, todo lo que esplica, todo lo que se presenta á la imaginacion, al alma, á los sentidos, como la gramática, la lectura, la escritura, las letras, la elocuencia, la poesia, la música; porque lo que los antiguos entendian por música, se aplicaba tanto al alma como á los oídos. Los versos se cantaban y no se recitaban; aquella música no era otra cosa que el arte de arreglar los versos al acento y el acento á los versos. He aquí por que á la escuela de Femio se llamaba escuela de música; música del alma y del oído que se apoderaba del hombre todo entero.

En recompensa de los cuidados que prodigaba á aquella juventud, Femio tenia por único estipendio, la retribucion, no metálica sino natural, que los padres le daban como precio de la enseñanza que recibian sus hijos. Las montañas que rodean el golfo de Hermus en cuyo fondo se alza Smirna, eran entonces, lo mismo que ahora, un país pastoral, abundante en ganados; allí es donde las mugeres hilan las lanas con que se fabrican esos tapices, industria hereditaria de la Jonia. Cada uno de los niños, al ir á la escuela de Femio, le llevaba bien un vellón entero, ó bien un pedazo de los rebaños de su padre. Femio los hacia hilar por sus criadas, los tenía y los cambiaba despues por las cosas necesarias para la vida del hombre. Critheis, que habia oído hablar de lo bondadoso que era con los niños aquel maestro de escuela, pensando sin duda confiarle el suyo cuando estuviera en edad de ello, condujo á su hijo por la mano hasta el umbral de la casa de Femio. Conmovieron á este la belleza y las lágrimas de la jóven, la edad y el abandono del niño, por lo que recibió á Critheis en su casa en calidad de sirvienta, empleando desde luego á la jóven manesiana en hilar las lanas que recibia como precio de sus lecciones. Halló á Critheis tan modesta, tan laboriosa y tan hábil como hermosa era; cobró afecto al niño, cuya precoz inteligencia

(4) M. de Marcellus. *Episodios literarios de Oriente*, tomo II.

hacia presagiar cierta gloria para la casa á donde la habian conducido los dioses, y propuso á Critheis casarse con ella á fin de dar de este modo un padre á su hijo. La hospitalidad, el amor de Femio y el interés del niño, influyeron á la vez en el corazón de la jóven; se casó, pues, con el maestro de escuela, y fué señora de la casa á cuya puerta habia llegado á suplicarle algunos años atrás.

Femio cobró cada vez mas afecto al niño *Melesigenes*. Este nombre que se daba familiarmente á Homero, significa *hijo de Melés*, en memoria de las orillas del arroyo en donde nació. Su padre adoptivo le amaba por su madre y por él: instructor y padre á la vez de aquel niño, le prodigaba todas las ternezas de su corazón y todos los secretos de su arte. Homero, cuya alma recibia las lecciones de Femio por su ternura, y á quien la naturaleza habia dotado de una inteligencia que lo comprendia todo, y de una memoria que todo lo reproducia, recompensaba los desvelos del anciano, y halagaba el orgullo de Critheis. Juzgábasele capaz dentro de poco, á pesar de sus cortos años, de dirigir él mismo la escuela, y de suceder algun día en ella á Femio. Los dioses le destinaban sin saberlo él menos dicha y otra gloria distinta; la enseñanza del mundo y la herencia de una gloria inmortal. El niño adoraba á su padre en su maestro; y para eternizar su reconocimiento, dió, mas tarde, el nombre de Femio á un canto divino de sus poemas.

IV.

Femio murió, dejando al niño por heredero de su modesto pasar y de su escuela. Critheis, privada del apoyo que habia encontrado en la ternura de aquel hombre hospitalario que le habia abierto hasta su corazón, se entristeció de tal modo que siguió al anciano á la tumba. Homero se quedó solo, apenas adolescente, en aquella casa en donde todo lo habia recibido y perdido todo. Su juicio suplió en él la falta de años; continuó con la escuela de Femio, cuya fama se aumentó cada día mas, segun Femio mismo se lo predijo al morir. El futuro cantor de la *Iliada* y de la *Odisea*, enseñando la música á los niños, él propio, casi niño como ellos, hablando y cantando en una lengua inspirada por los dioses, pareció á los habitantes de Smirna un oráculo que justificaba el prodigio de su nacimiento divino al lado de su río Melés. Los hombres maduros, las madres de familia y hasta los ancianos mismos, iban á admirarse y á enternecerse con sus lecciones. Los mercaderes de trigo y de lanas, los extranjeros á quienes el comercio ó la curiosidad atraian de todas las islas de la Grecia ó de todas las ciudades marítimas de la Jo-

nia, oian hablar de aquel fenómeno, á bordo de sus buques y en la frecuentada rada de Smirna. Despues de tener hecho su cargamento no querian hacerse á la vela sin haber oido una de sus lecciones, y de este modo llevaban á su país el renombre del jóven maestro de escuela.

V.

Uno de aquellos extranjeros llamado *Mentés*, al propio tiempo dueño y piloto de su buque, habia ido á buscar trigo para trasportarlo á Leucade, en la montañosa isla de Lesbos. Enamorado de aquellos cantos divinos mas que otro alguno de los navegantes que se hallaban á la sazón en la rada, no buscaba solo la fortuna en las tierras que recorria sino tambien la sabiduria y la ciencia. Asombrado del genio y la superioridad de Homero sobre todos los hombres que habia escuchado en las cátedras y en los templos de la Grecia y de la Jonia, trabó amistad con el jóven *Melesigenes*; le describió las tierras, las islas, los mares, los cultos, las ciudades, los puertos de las diferentes playas á donde su comercio le conducia; le convenció de que el libro vivo é infinito de la naturaleza era la verdadera escuela de toda verdad, de toda poesia, de toda ciencia; inflamó, en fin, la imaginación del jóven con el deseo de leer con sus propios ojos en aquel libro de los dioses. Homero, á quien faltaban las imágenes y los colores para hacer sensibles las inagotables concepciones de su mente, renunció con generosidad á la fortuna y á la fama doméstica que le sonreian en su patria, para ir á enriquecer su imaginación, alimentar su alma y recoger impresiones ó imágenes en toda la tierra. Cerró su escuela, vendió la casa y las lanas de Femio; y tomando por habitación el buque de *Mentés*, le pagó el precio de aquel hogar errante para muchos años.

VI.

En compañía de su amigo y piloto *Mentés*, Homero navegó durante un tiempo indeterminado. Viagero, traficante, marinero, cantor, unas veces uno y otras otró ó todo á la vez, visitó el Egipto, manantial entonces de toda luz, y patria originaria de todos los dioses del paganismo; la España, la Italia, las orillas del Mar Adriático, las del Póloponeso, las islas, los escollos, los continentes; conversando con todos los pueblos, tomando lecciones de todos los sabios, y recogiendo, de apuntes perdidos, las descripciones, los recuerdos, las historias, los símbolos con los cuales construyó mas tar-

de sus poemas. Volvia pobre de bienes y rico de impresiones, para descansar en fin en su patria, y para proporcionarse en ella una existencia mercenaria, cuando un repentino mal de ojos, ocasionado por el sol, por las contemplaciones y los estudios, le detuvo en la isla de *Itaca* á donde *Mentés* abordó para ejercer su tráfico.

Precisado *Mentés* á llevar el cargamento de su barco á Lesbos, confió á Homero enfermo, á un habitante de *Itaca*, rico, compasivo y amigo de los poetas, llamado *Mentor*, hijo de *Alcinoos*. *Mentor* prodigó al cantor divino todos los consuelos de la medicina y todas las ternuras de la hospitalidad. Homero, que pagaba con gloria las deudas de su corazón, inmortalizó en breve á *Mentor* y *Alcinoos*, haciendo del primero el modelo de la felicidad del hombre campestre, adquirida despues de una vida agitada, en el cultivo de sus jardines. Hizo de *Itaca* la escena de su poema la *Odisea*; allí encontró las tradiciones de su héroe *Ulises*, grabólas en sus recuerdos, é hizo así tan célebre aquella isla insignificante.

La tranquilidad en la morada de *Alcinoos*, los cuidados de *Mentor*, los bálsamos de los médicos itálicos, cuyo nombre dió á esos hombres divinos que curan las heridas de los mortales, le devolvieron la vida y la salud.

Mentés, fiel á su promesa, atravesó el mar Egeo para ir á buscarle á *Itaca*. Homero siguió aun navegando con él durante algunos años, hasta que atacado por segunda vez de la ceguera en el puerto de *Colofon*, *Mentés* le dejó allí para que se curara, lo mismo que lo habia hecho en *Itaca*. Pero ni la permanencia en tierra, ni la medicina pudieron prevalecer contra la voluntad de los dioses: cegó, y el cuadro de la naturaleza que tanto habia contemplado, desapareció completamente ante sus ojos. Pero aquel cuadro se presentó entonces á su imaginación con colores mas vivos, mas animados y mas en relieve; lo que ya no veia esteriormente se le reflejaba de nuevo en lo interior: la memoria se lo representaba todo. El sentimiento mismo de aquella luz del día, de aquella presencia de los mares y de las tierras, de los hombres y de las cosas, dió cierta penetración y melancolía á aquel recuerdo del mundo desaparecido. Concentró su vision en sí mismo y pintó mejor todo cuanto le entristecia el no poder contemplar.

II.

La primera imagen que se le representó al corazón despues de haber perdido toda esperanza de cura, fué la de la patria. El pájaro trata de caer sobre el nido donde vió

la luz del día; así fué que se hizo en seguida trasladar á *Smirna*, á la casa de Femio, cerca de la tumba de Critheis, su madre. Allí volvió á abrir una escuela; pero su larga ausencia habia hecho olvidar su nombre y su arte á sus conciudadanos; otros habian ocupado su puesto. Su ceguera por otra parte parecia significar la cólera de los dioses, y no creian que un hombre privado del mas necesario de los sentidos pudiese enseñar la mas sublime de las artes. Su voz no halló eco, su escuela permaneció desierta, sus amigos no le reconocieron. La indigencia le obligó á cantar de puerta en puerta versos populares; para arrancar á la indiferencia de sus compatriotas el pan necesario á su subsistencia y á la del niño que guiaba sus pasos. Siempre noble y magestuoso en sus expresiones y actitud, en la humillante condicion de pobre ciego, se asemejaba á un dios de sus fábulas, acordándose de su superioridad divina al pedir una limosna á los mortales. *Ulises* en la *Odisea*, bajo los harapos de un mendigo, es un recuerdo de aquel periodo de vida immortalizada por el poeta.

Mas ora fuese que sus conciudadanos se hicieran los sordos á sus cantos, ora que la vergüenza que arroja á los hombres decaídos de las ciudades testigos de su dicha, hiciese la permanencia en *Smirna*, mas cruel que el hambre para el corazón de Homero, lo cierto es que abandonó este pueblo á fin de buscar de ciudad en ciudad oyentes mas compasivos. Atravesó á pie el llano del *Sarabat* para ir lo primero á *Cimea*, patria de su madre y de su abuelo, en donde sin duda esperaba hallar algunos recuerdos de ellos en los ancianos amigos de sus parientes. El cansancio le detuvo al principio en *Neotichos*, pequeña ciudad naciente, colonia de *Cimea*, edificada al pie del monte *Sedeno* y á orillas del *Sarabat*. Siguiendo la costumbre de los mendigos, que traban conversaciones con los pobres artesanos mas bien que con los ricos, porque los unos trabajan al aire libre, mientras los otros viven en sus casas ó en sus jardines, Homero entró en el obrador de un curtidor que trabajaba sus cueros é improvisó sus primeros versos al hijo de *Cimea*.

«¡Oh vosotros, que habitáis la ciudad estendida sobre la colina, al pie del monte *Sedeno* coronado de sombrías selvas, y que bebéis las frescas y espumosas aguas del *Sarabat*, compadeced al hombre errante que carece de morada propia, y prestadle un asilo y un hogar hospitalarios!» El curtidor, movido á compasión y sensible al acento de aquella súplica cantada en verso á su puerta, hizo entrar á Homero, le ofreció un asiento en su obrador y un asilo en su casa. La maravilla de aquel mendigo que bablaba la lengua de los dioses, circuló de boca en boca por la ciudad, la multitud se agrupó á la puerta del curtidor, los principales del pueblo entraron en la tienda, y sentándose alrededor del ciego se complacieron

ron en preguntarle y en hacerle recitar sus versos. Empezó por un poema heroico sobre la ciudad de Tebas, tan querida de los griegos, al que siguieron despues varios himnos á los dioses inmortales, que inspiraron á sus oyentes patriotismo y piedad. La patria y el cielo son las dos notas que resuenan mas universalmente en el alma de los hombres reunidos. Tomáronle por un mendigo divino que ocultaba al dios bajo las apariencias de la humanidad. La conversacion fué prolongándose y recayó luego entre Homero y los sabios de la ciudad, sobre las mas bellas poetas que Orfeo y sus discipulos habian esparcido en la memoria del pueblo. Formó su juicio acerca de ellos y les alabó como hombre capaz de igualarlos. Reveló el artista soberano en una inspiracion sublime. El auditorio le suplicó honrase su ciudad con una larga permanencia; envidiaron al auditor la gloria de haber sido el primer huésped de aquel desconocido, y le enviaron presentes para tener su parte y su gloria en la hospitalidad que el tundidor de pieles daba al cantor de los dioses.

VIII.

Durante cierto tiempo vivió en Neotichos con los productos de su musa. En tiempo de Herodoto se enseñaba aun el sitio donde se sentaba para recitar sus versos, y el antiguo álamo cuyas primeras hojas cayeron sobre su frente.

Así que hubo agotado el asombro y la admiracion de los habitantes, temió no les importunase una hospitalidad mas prolongada y partió tan pobre como habia llegado, no debiéndoles otra cosa que el sustento que le procuraron en aquel tiempo. Dirigió sus pasos hácia Cimea, y en el camino compuso algunos versos en honor de los cimeos, para merecer de ellos una buena acogida. Al pasar por Larisa y á petición de los ciudadanos, les dictó una inscripcion en verso para colocar en una columna levantada á la memoria de un rey que amaban mucho; aun subsisten estos versos. Se nombró al llegar á la puerta de Cimea, se hizo reconocer como un descendiente de los cimeos, é introducido ante la asamblea de los ancianos, les encantó con sus poemas. Encantado él mismo de hallar hombres tan amantes de la lira, se comprometió á permanecer entre ellos y á procurar la inmortalidad á su patria, si la ciudad queria solo asegurarle un abrigo y la subsistencia. Los ancianos le hicieron que se presentase ante el senado para ratificar aquel contrato entre sus conciudadanos y él. Acompañóle un gran séquito de admiradores, y allí de pie, en presencia de los senadores renovó su petición, y se retiró, des-

pues de haber cantado, para esperar la decision de los grandes. Todos se hallaban inclinados á sustentar á Homero por el precio de gloria que prometia á la ciudad, pero uno de esos hombres descontentadizos que se creen mas sabios que la muchedumbre, porque carecen de su entusiasmo y de su corazon, se levantó representando que si la ciudad se comprometia de aquel modo á acoger y alimentar á todos los cantores ciegos que vagaban por la Jonia, arruinaria el tesoro público. El senado entonces, no queriendo aparecer menos prudente y menos económico del dinero del pueblo que aquel senador, varió de opinion y negó la hospitalidad á Homero. El jefe del senado fué el encargado de anunciar aquella dura contestacion al poeta: sentóse sobre una piedra á su lado, y trató de dulcificar aquella negativa con consideraciones de prudencia y de interés público que era lo que habia decidido el voto del senado. Homero, entristecido é indignado de la dureza de sus conciudadanos, prorumpió en lamentos y en quejas delante de la multitud enternecida que le rodeaba:

«¿A qué suerte tan miserable, esclamaba cantando y llorando al mismo tiempo, me han abandonado los dioses? Arrullado sobre el regazo de una tierna madre, su seno me ha alimentado en esta ciudad, cuyas playas bañan las olas del mar, y cuyos jardines baña el en otro tiempo sagrado Melés; perseguido por el infortunio y con los ojos privados de la luz del día, venia aquí, á la patria de mi madre, trayendo conmigo las Musas, hijas amadas de Júpiter, para asegurar á Cimea un eterno renombre... ¡y sus habitantes se niegan á escuchar sus acentos divinos! ¡Que sean desheredados de todo recuerdo, y que sufran las penas debidas á los que insultan á la desgracia y cierran la puerta al indigente! Yo, no obstante, sabré soportar animoso, añadió, cualquiera que sea, el destino que los dioses me han concedido al imponerme la pesada carga de la vida! ya mis pies impacientes me arrastran por sí mismos lejos de esta ciudad ingrata.» Y partió, pidiendo á los dioses que jamas Cimea produjera cantores capaces de legar á la posteridad el renombre de la patria.

IX.

Llegó con mil trabajos hasta Focea, otra colonia que fué un dia la cuna de Marsella. El golfo, rodeado de rocas y sombreado por los plátanos, se asemeja á un puerto formado por la naturaleza para atraer á sus orillas un pueblo de navegantes. Florecia en Focea la poesia mas que en ninguna otra parte, porque el mar inspira los sueños y el canto: de este habia allí una escuela célebre en la ciudad, dirigida

por un hombre elocuente pero envidioso y astuto, que conocia el genio de Homero por los relatos de los mercaderes de Smirna, vecina de Focea. Este hombre que se llamaba Testhorides, al saber la llegada del pobre ciego fingió sentirse conmovido por una generosa piedad. Fué á verle y brindarle con su albergue y mesa, con la condicion de que Homero le transcribiera los poemas que habia cantado en sus viajes, y cuantos las musas le inspirasen en lo sucesivo. Homero, obligado por la miseria y la ceguera, consintió en aquellas duras exigencias de Testhorides, y vendió su genio para ganar su sustento.

Entonces fué cuando escribió el mas completo de sus poemas, *la Iliada*, obra nacional y religiosa á la vez, en la que se hallan cantadas las costumbres de los griegos, las hazañas de sus héroes y las fábulas de sus dioses, en versos á que jamas pudieron llegar los de ninguna otra lengua.

Testhorides, entretanto, habiendo enriquecido su memoria con un gran número de versos comprados á su huésped, y temiendo que el engaño no se descubriese fácilmente si los recitaba en Focea como suyos, fué á establecer una escuela en la isla de Chio, en donde se enriqueció cantando y vendiendo los despojos de Homero, mientras que el verdadero autor languidecia y mendigaba en Focea. Pero aun no era nada el ser despojado de su gloria, y fué ademas acusado de arrebatar la de Testhorides. Algunos marineros que llegaban de Chio, en donde habian escuchado al rapsodista, al oír recitar á Homero los mismos versos en el puerto de Focea, declaraban que aquellos cantos eran de un poeta de Chio. A aquel último golpe de la suerte, Homero, sufrido hasta entonces, se indignó contra aquella mofa de los dioses y quiso ir á confundir á su calumniador á Chio. Suplicó, pues, á los marineros que salian para esta isla le admitiesen en su barco, prometiéndole pagarles el precio de su pasaje en poemas, de los cuales eran amantes los griegos hasta de las clases mas humildes; y aquellos compasivos marineros le admitieron á bordo como una prenda de la proteccion de los dioses. Despues de cantarles durante todo el día, le desembarcaron por la noche en un escollo de la isla, al cual ellos mismos no se atrevieron á bajar. Homero se quedó dormido cerca de la orilla debajo de un pino, del cual se desprendió una piña sacudida por el viento y fué á caer sobre su cabeza. Aquel árbol le trajo á la memoria los bosques de Cimea, su patria, y la ingratitude de la ciudad á cuya sombra fuera en vano á buscar un abrigo. Entonces el poeta espresó un amargo recuerdo en versos dirigidos á aquel pino. Levantándose al fin trató de buscar á tientas el camino de la ciudad; los balidos de un rebaño le atrajeron hácia el ruido, haciéndole esperar la intermediacion de algun pastor; los perros del ganado le acometen ladrando; pero el pastor, llama-

mado Glauco, les llama y acude al viagero para libertarle del furor de los perros. Compadecido en extremo, no podia comprender cómo un hombre privado de la vista hubiera podido subir solo aquella escarpada costa: tomó en seguida á Homero por la mano, le condujo á su choza, encendió fuego, preparó su frugal comida, é hizo sentarse á su lado al poeta, mientras que los perros pedian ya con sus ladridos la parte de comida que debia corresponderles.

Homero improvisó en verso varios consejos á los pastores sobre el modo de disciplinar á aquellos vigilantes guardias del rebaño. Mas tarde, recordando esta aventura, se pintó á sí propio en *la Odisea*, bajo la forma de Ulises amenazado y luego reconocido por su perro. La imaginacion se compone solo de los despojos de la memoria.

Despues de la comida, Homero habló al pastor de los lugares, de las cosas y de los hombres que habia visto en sus largos viajes, y le cantó los pasajes mas bellos de sus poemas que pintan la vida pastoril ó la de los marineros. El pastor, fascinado por la ciencia, el saber y la poesia de su huésped, olvidaba las horas del reposo; pero al fin se quedaron dormidos sobre las mismas hojas.

X.

Antes de rayar el alba, el pastor, dejando á Homero dormido en su cabaña, fué á la ciudad inmediata á contar á su amo el encuentro que habia tenido de aquel divino anciano, y la hospitalidad que le habia prodigado. El amo le reconvinó por haberse fiado así de las palabras de un desconocido, y mandó sin embargo á Glauco que condujera á su huésped á Bolis para poder juzgar por sí mismo de las maravillas de aquel extranjero. Homero siguió al pastor y dejó tan encantado con su conversacion y sus versos al amo, que le confió en seguida la educacion de los hijos de la casa. Al rumor de su llegada á la isla de Chio, Testhorides, temblando de verse desmentido y confundido por la presencia de aquel á quien habia usurpado la gloria, huyó de la isla y fué á ocultar á otra parte su vergüenza y su nombre.

Despues de haber educado los hijos del amo de Glauco en Bolis, Homero, cada dia mas célebre, trató de fundar una escuela pública en la ciudad marítima de Chio, capital de la isla, y encontró en aquella tierra estraña todo el favor popular que no pudo hallar en Smirna, su patria. La juventud de la isla acudia en tropel á sus lecciones, y de este modo, con las dádivas de los padres y las madres, llegó á hacerse bastante rico para procurarse á sí propio las dulzuras de una familia. Luego se casó con una hija de la isla que prefirió en él la luz del genio á la luz de los ojos. Puede juzgarse

del amor que profesara á su muger al ver las deliciosas descripciones de ternura conyugal con que amenizó siempre sus escritos. Tuvo dos hijas, fruto de aquel tardío amor; una murió niña y la otra se casó en Chio, perpetuando su raza en aquella isla, que fué la patria de su vejez.

En medio del bienestar que se había procurado en Chio, como esposo y como padre, compuso la *Odisea*, poema de su vejez, resumen de sus viajes, de sus infortunios y de su dicha, en el cual hace revivir, obrar y hablar, bajo nombres queridos, á su memoria, á él propio y á todos los personajes que renacían en su corazón por sus buenas acciones: «Femio, su amado maestro y segundo padre, á quien coloca sobre todos los mortales en el arte de los cantos, y el cual, pulsando la lira, preludia á sus melodiosas narraciones.»

Mentés, su amigo y su piloto en los mares, de quien dice: «Me glorio con el nombre de Mentés, hijo del generoso Anchioles; mandó á los tafios, consumados en el arte de gobernar los buques que surcan las ondas.»

Penelope, bajo cuyo nombre celebra «la belleza y la fidelidad de una casta esposa, á quien no pueden desviar de su amor, de su religión, del lecho conyugal, ni las seducciones, ni el oro de los jóvenes pretendientes, ni los rumores esparcidos sobre la muerte de Ulises, ni las ausencias, ni las adversidades, ni los harapos, en fin, de su marido.»

Tichio, el curtidor que le concedió el primero la hospitalidad en Neotichos, y cuyo nombre eterniza incidentalmente en el escudo de Ajax: «Ajax lleva un escudo de bronce, parecido al flanco redondeado de una torre; siete pieles de buey, unas sobre otras, cubren el escudo, las cuales salieron de las manos de Tichio, el mas hábil de los hijos de Neotichos en el arte de curtir, de cortar y de coser la piel.»

No olvidó ni aun á sus esclavos, y el fiel anciano *Eumeo* es sin duda el recuerdo poetizado de uno de aquellos viejos servidores que la adhesión y los años incorporan en la familia, y cuyas prosperidades y decadencia signen, como la sombra del árbol doméstico crece y se retira en los umbrales con las primaveras ó los inviernos.

El rumor de su fama tardó en estenderse, pero fué inmenso y sus versos pasaron de isla en isla y de puerto en puerto en la Jonia y en toda la Grecia. Cada barco que salía de Chio llevaba algun trozo de sus poemas en la mente de los marinos ó de los guerreros; cada embarcación que llegaba á la isla, donde había fijado su residencia, le conducía nuevos admiradores y discípulos. Envejecía en la gloria mas bien que por los años. Historiador de la Grecia así como su poeta, cada ciudad, colonia y familia del continente ó de las islas le suplicaba eternizase su nombre, sus hazañas ó sus fábulas. Como Minos era juez de vi-

vos y muertos, tenía las llaves del porvenir; se le consideraba como el gran sacerdote de la posteridad. Jamás la poesía ejerció tan gran dominio sobre la tierra antes de los profetas. El genio se había hecho mas que rey, se hizo dios, el dios de la inmortalidad humana

XI.

Todos los países de la Grecia querían conservar las huellas que dejaba en su marcha aquel ciego, á quien algunos años antes habían negado amparo. Los ciudadanos y los enviados de las ciudades iban en diputación á buscarle á bordo de su embarcación y á suplicarle que visitase la Grecia, donde no se hablaba mas que de él.

Cedió al fin en sus últimos años á aquellas instancias de su patria. Había perdido sin duda la compañera de su vida, que le hubiera en otro caso retenido en el hogar donde pasara sus felices días, del cual un anciano no debe separarse por temor de estraviar su tumba. Partió para visitar la última vez toda la Grecia, patria de sus versos y de su nombre.

Navegó primero hácia la montuosa isla de Samos, en donde desembarcó el día en que se celebraba una fiesta en honor de los dioses. Reconocido así que saltó á la playa por un habitante de la isla que le había escuchado en Chio, se esparció inmediatamente por la ciudad el rumor de su llegada, y acudieron los samianos á suplicarle que honrase la ceremonia con su presencia. Dirigióse al templo con la comitiva, apenas pisó los umbrales, cuando acababan de encender el fuego sagrado, cantó en versos inspirados por el resplandor del fuego doméstico: «Oh samianos! los hijos son la gloria de los padres, las torres constituyen la fuerza de las ciudades, los corceles adornan las praderas donde retozan pastando, las naves son el encanto de los mares, las riquezas la prosperidad de las casas; los gefes y los ancianos, sentados sobre sus tronos en la plaza pública, son uno de los mas magestuosos espectáculos que puedan contemplar los ojos de los hombres; pero nada hay de mas augusto y piadoso sobre la tierra que la mansión de una familia iluminada por el fuego doméstico.»

Los samianos, satisfechos del honor que aquel huésped dispensaba á su isla, le dieron el puesto preferente en el festin y le condujeron en pompa á la casa donde tenía preparado su alojamiento.

Paseando el día siguiente por la isla, cuyos parages y ciudades se hacia describir, para reconocer con la imaginación lo que en otro tiempo viera con los ojos, pasó cerca de un horno encendido en el que algunos alfareros trabajaban y cocían el barro. También allí fué

reconocido y cercado por aquellos trabajadores, que le suplicaron se detuviese un momento en su obrador y les cantase algunos versos que immortalizasen su arte, ofreciéndole en pago de su condescendencia las mejores obras salidas de sus manos. Homero se sonrió, sentóse sobre una ánfora boca abajo, y les cantó estos versos, célebres despues en los obradores de los alfareros, con el título de *La Hornaza*:

«Oh vosotros, que petrificais el barro y me ofrecéis una jarra como salario de mis versos, escuchad uno de mis cantos!

«Yo te invoco, oh Minerva, diosa de la industria. ¡Dígnate descender entre estos hombres y prestar tu hábil mano á su trabajo! ¡Que los jarrones que salgan de esta hornaza, y sobre todo los destinados á los altares de los dioses, tomen un color perfecto bajo la influencia del vapor inflamado de los ladrillos! ¡Que se endurezcan gradualmente á un fuego ni mayor ni menor que el que necesiten, y que se vendan buscados por su elegancia y solidez, en las calles y en los mercados de la Grecia, para que su producto proporcione el bienestar al trabajador y no desmienta el elogio del poeta! Pero si queréis engañarme á mí, pobre ciego, y no darne las jarras ofrecidas, invoco contra vuestro horno el azote de los dioses... Que el fuego devore vuestra alfarería, que el horno produzca un ruido semejante al relincho de los caballos furiosos!... ¡Que el alfarero lamentándose contemple su ruina con los ojos bañados de lágrimas... y que nadie pueda inclinarse para ver el horno sin que le desfigure completamente el rostro la reverberación de la llama que consumirá vuestras obras!...»

Permaneció en Samos todo el invierno. Aun cuando la necesidad no le obligó ya á vender sus cantos por un pedazo de pan, continuó cantando de tiempo en tiempo por reconocimiento hácia los hospitalarios habitantes de la isla, versos arreglados á las fortunas ó condiciones de las casas que visitaba. Un niño le guiaba por las calles de la ciudad ó por las sendas del campo. La memoria de los samianos ha conservado de padres en hijos algunas de aquellas bendiciones poéticas del ciego de Chio, como medallas que se encuentran de vez en cuando en una parte ó otra, entre la arena de aquellas playas.

Como recuerdo de su antigua mendicidad, Homero, á imitación de los mendigos antiguos, llevaba en la mano una rama de árbol adornada de hojas. «Hémos aquí llegados, cantaba á su tierno guía, cerca del vasto edificio que habita un opulento ciudadano, edificio en el cual á todas horas se oye la algazara de los clientes y servidores. ¡Que se abran sus puertas para dar paso á la fortuna y con ellas á la serenidad y al descanso! ¡Que ninguna ánfora esté jamás vacía en esa dichosa morada, y que el arcon esté siempre lleno de una harina esquisita! Que cuentas veces salga la joven esposa del hijo de la casa, sea conducida en un

carro, y que las mulas de cascos duros la vuelvan á conducir á su mansión, en la que con los pies descansando sobre un taburete incrustado de ámbar, se ocupe en ricas labores de aguja. En cuanto á mí, volveré á este tugurio, solo como vuelven las golondrinas, una vez al año...»

Los niños de Samos cantaron durante largo tiempo de puerta en puerta estos versos, al pedir limosna en las fiestas religiosas consagradas á la beneficencia y á la mendicidad.

XII.

A la vuelta de la primavera, de los vientos cálidos y de las calmas, volvió á emprender su navegación hácia el golfo de Atenas. Los marineros de la nave que le conducía se vieron precisados á detenerse por una tempestad en la pequeña isla de los, y entonces comenzó Homero á sentir que la vida se retiraba de él. Hízose trasportar á la playa de la isla para morir mas tranquilamente, acostado al sol sobre la arena, y sus compañeros le improvisaron un lecho cerca del mar. Los habitantes ricos de la ciudad, algo lejana de la playa, informados de la presencia y de la enfermedad del poeta, bajaron de la colina para ofrecerle su morada y llevarle consuelos, dones y ofrendas. Los pastores, los pescadores y los marinos de la costa acudieron á pedirle oráculos, como á un eco de los dioses sobre la tierra. Prosiguió hablando entretanto en el lenguaje divino con los hombres entendidos, y conversó hasta sus últimos momentos con los hombres sencillos cuyas costumbres, miserias y penas tantas veces había descrito en sus poemas. Su alma había pasado toda entera á la memoria de aquellos con sus cantos; al entregarla á los dioses no la arrebató á la tierra, porque había llegado á ser el alma de toda la Grecia é iba á ser en breve la de toda la antigüedad.

Despues que espiró en aquella playa, á criillas de las olas como un naufragio de la vida, el niño que guiaba sus pasos, sus compañeros, los habitantes de la ciudad y los pescadores de la costa le abrieron una tumba en la arena en el mismo sitio donde él quiso morir; rodaron hasta allí una roca y en ella esculpieron estas palabras: «Esta playa encierra la cabeza sagrada del divino Homero.» Los guardas para siempre las cenizas de aquel á quien concedió la hospitalidad. La tumba de Homero consagra aquella isla oscura hasta entonces, mas que lo hubiera hecho su cuna que aun se disputan siete ciudades. La tradición de la playa en que fué sepultado el anciano ciego, se perdió dichosamente en el trascurso de los tiempos y en las vicisitudes de la isla. Ninguna ri-

validad de funerales, de monumento ó de efímera y vana piedad turba su sueño postrero. Su sepultura fueron todos sus recuerdos, su monumento sus propios versos. Ensenábase solo en la isla de Chio, cerca de la ciudad, un banco de piedra semejante á un circo, al que da sombra un plátano que por medio de sus tallos se ha ido renovando desde hace tres mil años, cuyo banco se llama la escuela de Homero. Allí es, dicen, donde el ciego se hacia conducir por sus hijas y donde enseñaba y cantaba sus poemas. Desde aquel sitio se divisan los dos mares, los cabos de la Jonia, las nevadas cumbres del Olimpo, las doradas playas de las islas, aferrar las velas de las naves al entrar en sus radas ó desplegarse al salir de los puertos. Sus hijas veían por él aquellos espectáculos, cuya magnificencia y variedad hubieran distraído sus inspiraciones. La naturaleza cruel y consoladora parecia haber querido reconcentrar toda su alma en aquellos espectáculos interiores, poniendo aquel velo delante de sus ojos. Desde entonces, según dicen en las islas del Archipiélago, fué cuando atribuyeron los hombres á la ceguera el don de inspirar el canto, y los pastores desapiadados sacaron los ojos á los ruiseñores para añadir al instinto la melodía en el alma y en la voz de este infeliz pájaro.

XIII.

Tal es la vida de Homero; sencilla como la naturaleza, triste como la vida: consiste únicamente en sufrir y en cantar. Este es en general el destino de los poetas, porque las fibras á quienes no se da tormento despiden escasos sonidos. La poesía es un grito que no puede lanzar bien resonante el que no ha sido herido en el corazón. Job no clamó á Dios sino desde su muladar y en medio de sus angustias. En nuestros tiempos así como en la antigüedad, es necesario que los hombres que se hallan dotados de este don elijan entre su ingenio y su dicha, entre la vida y la inmortalidad.

Ahora bien, ¿merece la poesía este sacrificio? ¿Cuál fué la influencia de Homero sobre la civilización, y en qué mereció el nombre de civilizador?

Para contestar á esta pregunta basta leer. Suponed que, en la infancia ó en la adolescencia del mundo, existiera un hombre semi-salvaje, dotado solo de esos instintos elementales, toscos, que constituyen el fondo de nuestra naturaleza bruta, antes que la sociedad, la religion, las artes, hubiesen formado, vivificado, espiritualizado, santificado el corazón humano; suponed que á un hombre semejante, aislado en medio de los bosques y entregado á sus apetitos sensuales, le ense-

ñara un espíritu celeste á leer los caracteres grabados en el papiro, y que desapareciese en seguida dejándole únicamente entre las manos las poesías de Homero. El hombre salvaje lee, y un mundo nuevo se presenta en cada página ante sus ojos. Siente nacer en él un millon de ideas, de imágenes y de pensamientos que no conocia; de material que era un momento antes de haber abierto aquel libro, se convierte en un ser intelectual, y de allí á poco en un ser moral. Homero le revela desde luego un mundo superior, un juicio de nuestras acciones despues de la vida, una justicia soberana, una espacion, una recompensa según nuestras virtudes ó nuestros crímenes, cielos é infernos; todo esto modificado sin duda con fábulas ó alegorías, pero todo visible y trasparente bajo los símbolos, como la forma bajo el vestido que la revela ocultándola. Le enseña despues la gloria, esa pasión del aprecio nuestro y del aprecio eterno, otorgado á los hombres como el instinto mas inmediato de la virtud. Le hace conocer el patriotismo en las hazañas de esos héroes que abandonan el reino paterno, que se separan de los brazos de sus madres y de sus esposas para ir á sacrificar su sangre en expediciones nacionales, como la guerra de Troya, para ennoblecere á su patria comun; le manifiesta las calamidades de aquellas guerras en los asaltos é incendios de Troya; le representa la amistad en Aquiles y Patroclo, la sabiduría en Mentor, la fidelidad conyugal en Andrómaca, la piedad hácia la vejez en el anciano Priamo, á quien Aquiles, bañado en llanto, devuelve el cuerpo de su hijo Hector; el horror hácia los ultrajes que se hacen á los muertos en el cadáver del mismo Hector, arrastrado siete veces alrededor de las murallas de su patria; la compasión en Astianax, su hijo, esclavizado por los griegos desde el seno de su madre; la venganza de los dioses en la muerte precoz de Aquiles; las consecuencias de la infidelidad en Elena; el desprecio de la traición al hogar doméstico en Menelao; la santidad de las leyes, la utilidad de los oficios, la invencion y la belleza de los artes; por do quiera, en fin, la interpretacion de las imágenes de la naturaleza encerrando todas un sentido moral, revelado en cada uno de sus fenómenos sobre la tierra, en el mar, en el cielo; especie de alfabeto entre Dios y el hombre, tan perfecto y tan bien deletreado en los versos de Homero, que el mundo moral y el mundo material, reflejados uno en otro como el firmamento en el agua, parece que son un solo pensamiento y que no hablan sino un solo y único lenguaje en la inteligencia del ciego divino. Y este lenguaje es cadencioso además por un ritmo de medida tal, é impregnado de tal armonía de palabras, que cada pensamiento penetra en el alma por el oído, no solo como una inteligencia, sino tambien como una voluptuosidad.

¿No es, pues, evidente que despues de ha-

ber ojeado este libro durante algun tiempo, habrá desaparecido el hombre brutal y feroz, manifestándose el hombre intelectual y moral en aquel bárbaro á quien los dioses hubieran hecho conocer de este modo á Homero?

¡Pues bien! lo que un poeta semejante hiciera por este solo hombre, Homero lo hizo para todo un pueblo. Apenas la muerte interrumpió sus cantos divinos, los rapsodistas ó los homéridas, cantores ambulantes, en cuyos oídos resonaban aun, y en cuya memoria se hallaban hondamente grabados sus versos, se estendieron por todas las islas y ciudades de la Grecia, llevando á porfia cada cual uno de los fragmentos mutilados de sus poemas, y recitándolos de generacion en generacion en las fiestas públicas, en las ceremonias religiosas, en las puertas de los palacios ó de las cabañas, en las escuelas de niños, de modo que toda una raza se convirtió en edicion viva é imperecedera de aquel libro universal de la primitiva antigüedad. En tiempo de Ptolomeo Filopator, los naturales de Esmirna le erigieron templos, y los de Argos le tributaron los honores divinos. El alma de un solo hombre comunicó su influjo por espacio de dos mil años en aquella parte del universo. En el año 884 antes de Jesucristo, Licurgo llevó á Esparta los versos de Homero para alimentar con ellos el alma de los ciudadanos. Luego apareció Solon, ese fundador de la democracia de Atenas, el cual, mas hombre de Estado que Platon, conoció que existia civilizacion en el genio, é hizo recoger aquellos cantos esparcidos, á la manera que los romanos recogieron mas tarde las páginas divinas de la Sibila. Despues vino Alejandro el Grande, que apasionado por la inmortalidad de su fama, y cono-

ciendo que la llave del porvenir está en manos del poeta, mandó hacer una cajita de extraordinaria riqueza para guardar en ella los cantos de Homero, y los colocaba siempre debajo de su almohada para tener sueños divinos. Despues vinieron los romanos, quienes de todas sus conquistas en Grecia, nada tuvieron en tanto como la conquista de los poemas de Homero; y todos los poetas solo fueron los prolongados ecos de aquella voz de Chio. Llegaron luego las tinieblas de las edades bárbaras, que durante cerca de mil años envolvieron al Occidente en la ignorancia; tinieblas que solo empezaron á eclipsarse cuando los manuscritos de Homero, hallados entre las cenizas del paganismo, fueron el estudio, el manantial y el entusiasmo del entendimiento humano. En resumen, el mundo antiguo, historia, poesía, artes, oficios, civilizacion, costumbres, religion, todo se halla en Homero; hasta el mundo literario moderno procede en mucha parte de él, y ante este primero y último de los cantores inspirados, ningún hombre, quien quiera que sea, podría, sin avergonzarse, darse á sí mismo el título de poeta. Preguntar si un hombre semejante puede contarse en la clase de los civilizadores del género humano, equivale á preguntar si el genio alumbró ó oscurece el mundo; es renovar la blasfemia de Platon; es negar la civilizacion á los poetas; es mutilar la humanidad en su órgano mas sublime, el órgano de lo infinito; ¡es devolver á Dios sus mas soberanas facultades por temor de que no ofusquen los ojos envidiosos, y de que haga aparecer el mundo real harto oscuro y demasiado pequeño, comparado con el esplendor de la imaginacion y lo grande de la naturaleza!